

## México: el neoliberalismo fracasa y la apertura comercial estalla

Benito Rey Romay\*

*La memoria nacional le tendrá como el reformador, que supo leer los signos de la cronología mundial y poner las bases de un porvenir de crecimiento estable, realista y perdurable.*

Luis Cárcoba\*

La grave situación actual de la economía mexicana proviene de dos crisis simultáneas: la del modelo neoliberal implantado desde hace doce años y su endurecimiento en los últimos seis, y la de la nueva forma de inserción del país en el ámbito y comercio internacional; para ambas se destacan los elementos característicos más trascendentes. El autor propone también medidas básicas de corrección, algunas de ellas drásticas y contrarias al programa gubernamental anticrisis divulgado y operado por el nuevo gobierno. Al final señala, o advierte, una separación paulatina y perversa de la racionalidad gubernamental respecto de la de los demás agentes de la economía.

*The serious present situation of the Mexican economy originates in two simultaneous crises: the one of the neoliberal model set twelve years ago and its hardening in the last six, and the one of the new form of insertion of the country into the international scene and commerce; the two most transcendental characteristics elements are standed out for both. The author proposes also basic correction steps, some of them drastic and contrary to the anti-crisis government program divulged and operated by the new government. At the end he stands out, or warns about a slow and perverse separation of the government reality from the rest of the agents of the economy.*

*La gravité de la situation actuelle de l'économie mexicaine dérive de deux crises simultanées: celle du modèle néo-libéral appliqué depuis douze ans et de son durcissement au cours du dernier sexennat, et celle de la nouvelle forme d'insertion du pays dans l'environnement et le commerce internationaux. L'auteur relève les éléments caractéristiques les plus transcendants de ces deux crises. Il propose également des mesures essentielles pour y remédier, certaines drastiques et contraires au programme anti-crise élaboré et mis en marche par le nouveau gouvernement. Il signale, en conclusion, une séparation progressive et perverse de la rationalité gouvernementale des autres agents économiques.*

---

\* Investigador Titular del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

\* Presidente del Consejo Coordinador Empresarial, al Lic. Carlos Salinas en la comida de despedida que le dio dicha asociación el 23 de noviembre de 1994. Periódico *Reforma*, 24 de noviembre de 1994, p. 32A.

## Introducción

A finales del mes de noviembre de 1994 y a mediados del de febrero pasado aparecieron en el diario *Excelsior* algunas reflexiones mías sobre la política económica neoliberal imperante en nuestro país durante los últimos doce años. Las amables solicitudes de colaboración obedecieron, en la primera de ellas, al interés del periódico de contribuir a aclarar las razones de tan controvertida política en México; en la segunda, al propósito de señalar su influencia determinante en las situaciones ya altamente críticas que están padeciendo la economía y la sociedad; todo esto, se me explicó, resultaría conveniente y oportuno para los lectores en el cierre de la segunda administración presidencial neoliberal, así como para la comprensión de la crisis declarada e iniciada con las medidas monetarias y presupuestales del 20 de diciembre.

En esas colaboraciones, advertía que la etapa neoliberal de Carlos Salinas no podíamos aceptarla, como el propio mandatario procuraba —con insistencia, incluso unos días antes por televisión—, como inspirada, simultáneamente, en el liberalismo juarista y en la justicia social zapatista. Tal pretensión quedaba, a mi juicio, descalificada no sólo por el análisis histórico, sino por el de los hechos mismos consumados durante el sexenio y por sus resultados finales, que distaban mucho de haber sido fortuitos o imprevisibles.

Con esa advertencia quise colaborar a cancelar el que me parecía propósito de fondo del presidente: explicar su *liberalismo social* como conducta gubernamental propicia a la síntesis, “nacionalista” comprendida por él, de nuestros dos últimos movimientos sociales mayores, a la vez que revitalizadora —modernizadora— del último: la Revolución Mexicana.

De aceptarse esa justificación del “neoliberalismo social”, obviamente el mandatario quedaría exculpado de las acusaciones de haber impuesto una política económica antipopular salida de su propia cabeza y de su terca voluntad, o de haber seguido, sin resistencia y sin la obligada y reflexiva prudencia, una conducta rígidamente supervisada por organismos internacionales, que pretende —y va logrando— estandarizar las estructuras y las políticas económicas latinoamericanas para hacerlas compatibles con el proyecto económico y político continental, ideado y nucleado en la super potencia mundial.

Sin embargo, y no obstante mis diversos comentarios y juicios adversos a lo largo del primer texto, señalé que era conveniente esperar un poco para hacer el juicio definitivo sobre la administración salinista; que ello resultaba incluso justificable ya que el presidente argumentaba insistentemente, como razón justificante y alentadora, que había gobernado —desde su primer año— para evitar la repetición de la coyuntura desfavorable del sexenio anterior; en otros términos: para un gran éxito futuro y duradero que ya —en su último informe— nos dijo vislumbrar conforme a sus indicadores macroeconómicos y sus cifras de recuperación salarial y productiva.

Agregué que, independientemente del futuro pero cercano juicio que deberíamos hacer, la sociedad no perdona ni disculpa las medidas empobrecedoras, e incomprensibles ante otras posibilidades, de esa política económica, principalmente por los daños irreversibles a la niñez y a la adolescencia quienes además también sufrieron los ocasionados por la administración anterior.

Tampoco se pueden disculpar —finalicé— las grandes y vulnerables deformaciones que ese gobierno saliente dejó en la economía: una mayor, muy grande y disfuncional concentración de la riqueza y del ingreso; un Tratado de Libre Comercio (TLC) que daña nuestra producción y que agrava las disparidades productivas dentro y entre los sectores productores; y la gran volatilidad potencial de la reserva monetaria del país.

Esos tres eran, para mí y en aquellos momentos, los mayores problemas y riesgos que enfrentaría el nuevo gobierno en el campo de la economía. Pero, a pesar de contar con algunas certidumbres y juicios parciales, no pensé que el desenlace de la política salinista podríamos verlo tan inmediatamente después de la conclusión del mandato, a menos de un mes de dejar el poder. De tal desenlace me ocupé en el segundo artículo antes aludido.

## La crisis

Me parece que nuestro país está padeciendo hoy el resultado de dos crisis que estamos visualizando como una sola: una, la de nuestro modelo neoliberal, y otra, la de la política de inserción en la economía mundial.

Aunque es perfectamente claro que al fenómeno crítico de hoy ambas concurren y se interinfluyen, creo que conviene distinguir las, tanto para la comprensión como para la corrección; la primera se ha venido gestando y se manifiesta, principalmente, en los sectores internos de la economía; la segunda, proviene de las tesis y acciones directrices que han sido aplicadas en el sector externo desde el gobierno de Miguel de la Madrid.

Podría haberse presentado una sin la otra, pero el gobierno de Carlos Salinas generó ambas simultáneamente.

La proclama de un neoliberalismo *social* no fue otra cosa que la pretensión de disfrazar y en algo atenuar la sublimación atroz del neoliberalismo aplicado en el ámbito interno desde 1982: aceleración del proceso de privatización y reprivatización de casi toda la economía y deliberada monopolización empresarial de numerosos sectores productores de bienes y de servicios básicos; disminución deliberada y persistente de los salarios reales; liberalización de precios del sector privado e indexación de los del sector público; eliminación o disminución en términos reales y per cápita de los presupuestos y subsidios sociales; *patronización* ("flexibilización") de la política laboral y de empleo; eliminación de restricciones antilatifundio en materia agraria; liberalización de la inversión extranjera; disminución real de la inversión territorial; etcétera.

La careta de ese disfraz —"social"— fue el Programa Nacional de Solidaridad (Pronasol) y, adicionalmente después, el Procampo, insuficientes en cobertura territorial y sesgados en su ejercicio por estar diseñados para inhibir las protestas de los mal pagados y de los sin empleo, de los muy numerosos que esa política neoliberal marginaba o empeoraba, pero privilegiando relativamente a los de las zonas políticamente conflictivas o de las electoralmente opuestas al partido del Gobierno.

Esa política neoliberal, extremándose desde su aparición en 1982, fue siendo (y lo es) rebatida no sólo por los afectados, sino por diferentes analistas e intelectuales; estos últimos, principalmente, por los efectos inhumanos y degradantes en la sociedad; sin embargo, no ha aglutinado a la mayoría que la ha estado padeciendo, para una rebelión general organizada, aunque en el último año del sexenio se dieron evidencias claras de que ello había empezado a

sucedir, desde hacía tiempo, en el medio rural de mayor marginación.

Esos signos, ahora ampliamente visibles y audibles, aunados a la violencia y a las protestas urbanas en crecimiento y a los indignantes, frecuentes y numerosos casos de gran corrupción e incompetencia, así como la impunidad ostensible de los actores públicos y privados, están contribuyendo, aceleradamente, a generalizar la desconfianza y la irritación en la población y a sumar al malestar explosivo a sectores sociales que, hasta ahora, han representado el papel de amortiguadores, como lo han sido los pequeños y medianos industriales y comerciantes de la economía formal y de la informal.

No hay bases pues para dudar que el neoliberalismo mexicano ha hecho crisis y que la nula voluntad política persistente mantiene al país en ella, ahondándola.

La política económica neoliberal no ha sido capaz de encaminarnos al crecimiento económico sostenido, ni de darnos desarrollo y estabilidad sociales, tampoco recuperación de la autonomía económica perdida en las negociaciones de la deuda externa. Estas son evidencias que no desmienten lo que se diga en su favor, por el contrario, el rezago acumulado en el crecimiento de la economía respecto del de la población, ha llegado a una magnitud nunca vista y se expresa y explica en la merma de todos los indicadores del desarrollo: producción y consumo por habitante, masa salarial real respecto al Producto Interno Bruto (PIB), inversión, empleo productivo y desarrollo tecnológico relativos, etcétera.

Ante sus resultados negativamente progresivos, no es posible pensar que el neoliberalismo mexicano persista; sin embargo, hay que tener en cuenta que hay quienes proponen que continúe, pensando que no ha dado los frutos esperados por ser todavía muy tierno e incompleto en nuestro país. Los que argumentan así piensan —no puede suponerse otra cosa— que cualquier proyecto de nación, el que sea, tendrá éxito si se aplica la presión necesaria; esta presión —en las expresiones extremas que se pide, aconseja o exige—, sería, en nuestras condiciones actuales, *represión*.

Creo, en cambio, que las condiciones económicas, sociales y políticas críticas, ya obligan a que aquella frase, fabricada para fines de propaganda electoral: "bienestar para tu familia", sea el eje cier-

to y visible de la política económica del nuevo gobierno. No tiene otra opción ni tiempo que perder, el neoliberalismo hay que enterarlo, no pudo y no puede ganar la batalla del crecimiento y menos la del desarrollo, contradice las leyes de funcionamiento de la economía moderna y produce violencia.

En cuanto a la otra de nuestras dos crisis, la del sector externo, tiene ahora similitudes pero nuevo y distinto origen a la padecida en los primeros años de la década pasada; la de ahora —de la anterior mucho y bien se ha escrito y dicho—proviene tanto de los incrementos públicos y privados al ya abultado e inabsoible endeudamiento externo anterior; pero, muy principalmente, de la rápida y drástica apertura comercial (desprotección a la producción nacional) que se decidió anticipadamente para animar a los países contraparte a firmar el debatido TLC.

La obsesión del presidente Salinas por asegurar la firma del Tratado, llevó a extralimitar la apertura comercial para crearle a la economía estadounidense el potencial riesgo de perder un incremento importante de mercado mexicano generosamente cedido (unilateralmente) por nuestro gobierno; podemos ahora apoyar esta afirmación con ese argumento principal, hecho público por el presidente Clinton, para validar el “muy espontáneo” respaldo financiero a México; la imperiosa necesidad de salvaguardar cuantiosas producciones y empleos de su país, creados para abastecerlos.

Pero también Clinton operó rápidamente para salirle al paso a una muy posible petición o declaratoria de moratoria por parte de México que, políticamente, le sería mucho más difícil y prolongada de manejar frente al sector financiero de su país, que cancelaría de inmediato otros flujos de recursos a México y pondría en entredicho sus anteriores y enfáticos argumentos en favor del TLC, ante el Senado y numerosos sectores productivos estadounidenses.

No hay duda que, para los intereses de corto plazo de su país, y para sus propósitos electorales, el presidente Clinton operó brillantemente: primero, para obtener la autorización del TLC y, ahora, para “aceitar” su operación, así como para proteger a los estadounidenses inversores en nuestros mercados de dinero y capitales, de la falta de liquidez mexicana, ocasionada por el enorme déficit comercial acumulado que la apertura y el TLC nos ocasionaron.

Como se recordará, en sus inicios el TLC fue ofrecido por nuestro propio gobierno como una nueva forma de insertarnos en el comercio internacional, que nos evitaría las dilaciones y fracasos de las negociaciones multilaterales; negociaríamos así en acuerdo duradero y bilateral con Estados Unidos; poco después se argumentó que, lógica y convenientemente, lo haríamos simultáneamente con Canadá, configurando así la mayor área de libre comercio del mundo.

Esa configuración, sin embargo, no rimaba bien con los argumentos propagandísticos generosos, solidarios y modernizadores en pro de la globalización, de la mundialización de las economías, a la que —se insistía— debía sumarse el país, so pena de quedar aislado y en retroceso permanente; y no rimaba bien porque desde un principio el TLC de América del Norte daba indicios de una continentalización de la economía de Estados Unidos para enfrentarse agresivamente a otras economías continentales: la asiática y la europea. Pronto quedó claro esto con la Iniciativa para las Américas del expresidente Bush y, después, con la prácticamente súbita invasión comercial estadounidense que deterioraba y cerraba o absorbía nuestras empresas industriales y comerciales.

No puede haber duda que el TLC ha significado una nueva forma de inserción de México con el exterior, radicalmente opuesta a la tradicional; pero tampoco hay duda —salvo para unos pocos exportadores que concentran la mayor parte de las exportaciones incrementadas— que hemos obtenido muy pocos e intrascendentes beneficios y sí muchos y muy graves perjuicios; el crecimiento exponencial de nuestro déficit avala esta afirmación y no puede invalidarla el débil argumento de las autoridades que sólo señala meros incrementos del tráfico comercial en ambos sentidos. Si bien es cierto que las magnitudes de este tráfico crecieron, también lo es, y muy grave en nuestras condiciones, que la brecha deficitaria lo hizo más en términos absolutos.

Pero debemos recordar y poner atención en dos hechos: primero, que las dudas sobre los beneficios del TLC siempre fueron grandes y ampliamente manifiestas (por productores, comunicadores y analistas nacionales y extranjeros) y nunca fueron atendidas; segundo, la visión gubernamental mexicana que se propalaba sobre las ventajas comerciales siempre fue estrecha, y lo fue tanto como que señalaba: venderíamos más cítricos y otras frutas y más ser-

vicios de reparación a embarcaciones extranjeras; y al decir esto no estoy introduciendo ironía en tema tan serio, estos fueron los únicos ejemplos que, repetidamente, oímos y leímos todos en tres sesiones públicas convocadas por las máximas autoridades encargadas, de divulgar los beneficios esperados, ¿no habría más o no se quería decir más?

No hay duda que se esperaba más. Se esperaba, sin bases firmes y sin escrúpulo, una masiva inversión directa extranjera y, con ella, más empleos ante el desempleo que el neoliberalismo no había resuelto, ni resolvía, sino que lo incrementaba. En el fondo, se pensó que el TLC cambiaría la calidad y volumen de la producción y las exportaciones, mediante una nueva generación de empresas extranjeras que, con tecnología avanzada y medios financieros abundantes, aprovecharían nuestros bajos niveles salariales y nuestros recursos energéticos.

Así se entiende lo incomprensible: el que nunca se hiciera caso de las enormes y obvias disparidades productoras, productivas y estructurales entre los tres países, que muchos exhibíamos y cuantificábamos como razones para calificar como despropósito económico y político la apertura y la consecución del TLC.<sup>1</sup>

La falla de las expectativas gubernamentales con el TLC tiene varias causas que no es posible tratar ahora, sin embargo, lo grave estuvo en el cómo se decidió ocultar el fracaso y subsanar las consecuencias contrarias en el balance comercial y reservas del país. Los déficits se fueron cubriendo con entradas de fondos extranjeros depositados a corto plazo y a la vista, atraídos por altas tasas subsidiadas y ganancias especulativas en la Bolsa de Valores y por una publicidad gubernamental desmesurada que disipaba —eficazmente no hay duda— la crítica y las advertencias de grandes riesgos en la economía para nacionales y extranjeros.

Si bien puede parecer increíble que esos propósitos ilusorios y desnacionalizadores y ese manejo financiero de alto riesgo prevalecieran como sistema, hoy no es posible, obviamente, pensar que

<sup>1</sup> El autor recomienda la lectura de *La integración comercial de México a Estados Unidos y Canadá: ¿alternativa o destino?*, México, coedición IIE.-Siglo XXI editores, 2a. Edición, 1992.

continúen; hoy, menos que antes, se puede avalar la inserción comercial impuesta por el gobierno anterior.

¿Modificar el TLC o cancelarlo?, son estas medidas las únicas que podrían suspender el proceso, con grandes problemas y grandes dificultades por supuesto, pero no puede seguir. En esto consiste, precisamente, nuestra crisis externa, en no tener alternativas, por no contar ya con los instrumentos reguladores del comercio exterior que el propio gobierno dismanteló en aras de la apertura y del TLC.

### El futuro

El respaldo financiero estadounidense, así como el del monto extraordinario otorgado por el Fondo Monetario Internacional, resultan convenientes para todos siempre y cuando las condiciones finales no deterioren la economía y soberanía mexicanas; la conveniencia estadounidense ya se señaló en párrafos anteriores, la mexicana reside en que ayudará a impedir que el problema de insolvencia se extienda explosivamente y nos lleve a una situación general nacional más grave socialmente y más difícil de revertir que la aparecida en 1982; al Fondo Monetario Internacional, por su parte, le resulta indispensable detener este posible fenómeno para salvar su prestigio en entredicho: ¿no fue uno de los que aconsejó u obligó a México y a otros países, a seguir los caminos neoliberal y aperturista que llevan al precipicio?

Pero el respaldo será de efectos muy efímeros si no se corrigen nuestros dos determinantes críticos: la política neoliberal persistente y la política comercial, cuya corrección amerita muchas acciones trascendentes. Lo único que no puede hacerse, ni por emergencia ni como insistencia de proyecto duradero, es continuar con la contracción de los salarios reales ni con acciones, como la elevación de las tasas pasivas, que eleven los costos crediticios e inhiban la inversión. Ambas cosas nos llevarían, nuevamente, al estancamiento con inflación padecidos en el sexenio de Miguel de la Madrid; aumentos reales a los salarios proporcionarían a la industria lo que más le urge: aumento de la demanda; ampliación del mercado interno.

El gobierno *debe* —no hay otra forma de señalarlo— emprender un programa de inversión y de subsidios para el empleo, con poco

gasto de divisas y de productividad inmediata o de corto plazo; el sector agropecuario y algunos rubros de la infraestructura son los indicados para ello; urgen más empleo y más abasto nacional, simultáneamente.

Pero lo anterior no está contemplado en el Programa de Emergencia dado a conocer por el gobierno; es más, las medidas dispuestas y ya operantes en los ámbitos financiero y laboral indican que se están volviendo a aplicar las medidas monetaristas del Banco de México, que fueron tan contraproducentes en el periodo 1982-1986.

Hay algo más que debe hacerse desde ahora, debe cancelarse la libertad de los empresarios para contratar deuda en el exterior y, también, la extrema facilidad que existe de utilizar las reservas monetarias para exportar capitales con propósitos especulativos; éstas son medidas estabilizadoras que debe ejercer el Banco de México y su gobernador; es increíble que no existan o no se hayan operado.

Pero también, y hago aquí alusión al epígrafe de este texto, los empresarios deben exigir a los dirigentes de sus organizaciones una actuación independiente, más responsable y mejor asesorada, con mayor perspicacia y sentido de responsabilidad; el porvenir de sus plantas productivas requiere de esa conducta experta y mesurada, y la protección del personal que emplean, la mayor responsabilidad.

Por último, creo que debemos poner atención en que, desde 1982 —todo el periodo neoliberal— hemos presenciado el desarrollo —pruebas de ello sobran— de una muy grave polarización de la economía y no me refiero aquí a la que ha estado acrecentando la concentración del ingreso y de la riqueza ni, tampoco, a la tradicional división en pública y privada. El fenómeno sobre el que me parece debemos poner cuidado es el que está llevando a una separación tajante a la economía *gubernamental* de la economía de la sociedad.

Hasta ahora, el fenómeno se advierte en contradicciones graves entre lo que las diferentes clases sociales requieren y solicitan y lo que el gobierno hace y les daña; me parece que esto no es sólo la expresión de la precaria democracia que prevalece; no es cuestión sólo de que la autoridad desdén, sin debate o explicación, las

medidas de política económica que los diferentes sectores —incluyendo el empresarial— proponen o piden.

Esa separación podría ser parte de la explicación de todo aquello que consideramos absurdo, incompetente, extemporáneo y oculto en la conducta gubernamental. Hay bases para considerar esto como una hipótesis a desarrollar.

¿Estará la alta burocracia de nuestro país atentando desesperadamente contra la economía de la sociedad en su conjunto, pretendiendo sus propios y enajenados fortalecimiento y salvación y los de una muy pequeña élite coligada por intereses y posición?

Por lo pronto, las medidas gubernamentales anticrisis sólo atienden y permiten la fenomenología especulativa que la propia política económica gubernamental originó y alentó previamente; en cambio, la economía real la productivo-distributiva, está resultando, toda ella, gravísimamente dañada, produciendo un duplicado social desastroso y peligroso, retroalimentador de una crisis sin fin que va desmoronando al país incomprensiblemente. ¿Por qué pasa esto? Hay varias explicaciones teóricas y técnicas, pero lo que se requiere explicar es el porqué o los porqué de la irracionalidad prevaleciente.